

La fundación de la Milicia de la Inmaculada

MIQUEL BORDAS PRÓSZYNSKI

EL objeto del presente artículo es profundizar en el centenario de la fundación de la Milicia de la Inmaculada¹. En 1917, a los 400 años de la reforma protestante y los 200 años del nacimiento de la masonería, en una Europa que se desangraba cruelmente en una contienda de proporciones y consecuencias inauditas hasta aquella fecha, las apariciones de Nuestra Señora en Fátima no parecían sobrepasar su ámbito local, mientras que en el otro extremo de Europa se alzaba con el poder la revolución bolchevique.

En aquel contexto, mientras anochece la tarde del miércoles 16 de octubre de 1917, nos asomamos a la celda de uno de los frailes estudiantes del Colegio Seráfico Internacional, regentado por los franciscanos conventuales en la Vía San Teodoro 42 en Roma. A puerta cerrada, casi furtivamente, alrededor de una mesa presidida por una pequeña figura de la Inmaculada, con dos velas encendidas, se hallan junto a Maximiliano María Kolbe, los jóvenes padres franciscanos José Pedro Pal, Quirico Pegnalberi y Antonio M^a Glowinski, así como los frailes clérigos Antonio Mansi, Enrique Granata y Jerónimo Biasi. Cuatro italianos, dos rumanos y un polaco. Habiendo recabado el permiso de sus superiores, así como de su director espiritual, están fundando una aso-



Los fundadores de la Milicia de la Inmaculada. San Maximiliano María, de pie, primero por la izquierda

ciación, la *Militia Immacolatae*. Lo recordaría así años después el propio san Maximiliano: «después de una oración introductoria fue leída una carta del confesor del Santo Padre, el padre Alejandro Basile: en ella declaraba que presentaría la causa de la Milicia de la Inmaculada al Vicario de Cristo. Luego se leyó el proyecto del “programa”; fin, medios, condiciones. Discusión sobre cada uno de estos puntos y al final se decide mediante votación. Se consultan mucho, pero en las caras de todos se reflejan la serenidad, la confianza y un amor dispuesto a sacrificarse por la salvación de las almas por medio de la Inmaculada, y además la preocupación por el buen planteamiento de la causa» (EK 1040²).

Obviamente, Kolbe era el principal animador de la asociación. Evocaría más tarde las primeras mociones que le habían inspirado la fundación de la Milicia de la Inmaculada: «recuerdo que hablaba con mis hermanos los clérigos acerca de la miserable condición de nuestra orden y de su futuro. Y en aquellos momentos se grababa en mi ánimo la idea siguiente: o se reconstruye o se deja que se derrumbe. Me daba mucha pena por aquellos jóvenes que entraban en nuestra orden a menudo con los mejores propósitos y que la mayor parte perdían su ideal de santidad precisamente en el convento. Pero no sabía qué hacer. Vuelvo más atrás en el

1. Desde sus inicios, CRISTIANDAD ha acogido en reiteradas ocasiones la figura de san Maximiliano María Kolbe. Sin ir más lejos, el número del pasado mes de junio-julio ha incluido un artículo de José Álvaro SÁNCHEZ-MOLA sobre el padre Kolbe y su relación con el mensaje de Fátima.

2. Tomo las referencias a los escritos y al epistolario del padre Kolbe de la edición castellana de sus Obras completas (sin incluir sus conferencias): *Escritos de san Maximiliano Kolbe*, Centro Internazionale Milizia dell’Immacolata, Roma 2003.

tiempo. Recuerdo que de niño había comprado una pequeña estatua de la Inmaculada por seis kopecks. Además, en el seminario menor, en el coro desde donde los alumnos del seminario oíamos misa, mirando hacia el suelo le prometí a la Sma. Virgen María, cuya imagen resaltaba en el altar, que lucharía por

La celebración del 75 aniversario de la conversión del judío Alfonso de Ratisbona el 20 de enero de 1917 y poco después, el 17 de febrero de 1917, la procesión masónica plantada ante las mismísimas puertas del Vaticano, habían impresionado el ánimo de san Maximiliano

ella. ¿Cómo? No lo sabía; sin embargo, imaginaba una lucha con armas materiales; y por este motivo, cuando llegó el momento de empezar el noviciado (¿o de hacer la profesión?), le confíe al Maestro, Dionisio Sowiak, de santa memoria, esta dificultad mía para abrazar el estado religioso. Él transformó aquella decisión mía en el compromiso de rezar cada día el “*Sub tuum praesidium*”. Hoy día sigo rezando esta oración, aunque ya sepa cuál era la lucha que quería la Inmaculada. A pesar de mi acusada tendencia al orgullo, la Inmaculada me atraía con mucha fuerza. En mi celda tenía siempre sobre el reclinatorio la estampita de algún santo al que se le hubiese aparecido la Inmaculada; con frecuencia me dirigía a ella con la oración» (EK 1278).

Lo cierto es que la celebración del 75 aniversario de la conversión del judío Alfonso de Ratisbona el 20 de enero de 1917 y poco después, el 17 de febrero de 1917, la procesión masónica plantada ante las mismísimas puertas del Vaticano, habían impresionado el ánimo de san Maximiliano. Ante la audacia de los enemigos de la Iglesia católica (en una Roma cuyo alcalde, Ernesto Nathan, era masón declarado), Kolbe sentía la necesidad de contraatacar directamente a los servidores de la impiedad y de la corrupción de las costumbres. Planteó a sus superiores y a su director espiritual, el jesuita Alejandro Basile, la idea de instituir una asociación que se empeñara en la lucha contra la masonería y los demás servidores de Lucifer: «obtenida la ratificación por parte de

la santa obediencia, me propuse comenzar la obra. Durante un partido de fútbol empezó a salirme sangre de la boca. Me aparté y me tendí sobre la hierba. [...] Estuve escupiendo sangre durante un buen rato y a continuación fui al médico. Me alegraba pensar que quizá me encontrase al final de mi vida.

[...] Dos semanas más tarde el médico me permitió salir por primera vez del colegio. [...] Una vez confortado, cesaron los dolores y las punzadas, y por primera vez comuniqué mi idea de formar la asociación a Fr. Jerónimo Biasi y al padre José Pal [...]. Sin embargo, puse como condición que cada uno de ellos interrogase ante todo a su propio padre espiritual, para cerciorarse de la voluntad de Dios. Cuando hube recobrado las fuerzas, me enviaron a Viterbo con el clérigo Fr. Antonio Glowinski, compañero mío, para pasar unas vacaciones suplementarias.

En aquella ocasión Fr. Antonio Glowinski entró en la M.I. Poco después se añadieron Fr. Antonio Mansi, de santa memoria, y Fr. Enrique Granata» (ibíd.).

Aquella Milicia incipiente se fue gestando durante el periodo estival de 1917: «al inicio no existía un programa determinado, nos unía sólo el deseo más o menos expreso de consagrarnos totalmente a la Inmaculada como instrumentos en sus manos inmaculadas para salvar y santificar las almas (especialmente las de los masones)» (EK 33).

Finalmente, el celoso ideal de los jóvenes franciscanos se plasmó en este boceto de estatutos o programa aprobado en la reunión vespertina del 16 de octubre de 1917: «“Ella quebrantará tu cabeza” (Gn 3, 15). “Tú sola has vencido y destruido todas las herejías en todo el mundo!” (Oficio de la Virgen).

I.- FIN: Procurar la conversión de los pecadores, de los herejes, de los cismáticos, etc., en particular de los masones; y la santificación de todos bajo el patrocinio y por mediación de la Inmaculada. II.- CONDICIONES: 1) Total entrega de sí mismo a la Inmaculada, poniéndose como instrumento en sus manos inmaculadas, y 2ª.) Llevar la medalla milagrosa. III.- MEDIOS: 1º) Orar cada día a la Inmaculada, siempre que sea posible, con esta jaculatoria: «Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos y por todos los que a Vos no recurren, especialmente por los masones».



2º) Usar todos los medios legítimos, según las posibilidades en los diferentes estados y condiciones de vida, en las ocasiones que se presenten; lo que se deja al celo y a la prudencia de cada uno; el medio más especial sea la difusión de la Medalla Milagrosa. V. Concédeme (concédenos) alabarte, oh Virgen Santísima. R. Dame (danos) fuerza contra tus enemigos» (EK 21).

A este respecto, téngase en cuenta la «observación» que el propio san Maximiliano añadiría a los medios o reglas que se imponían los miembros de la Milicia: «nada obliga bajo pecado, aunque sea mínimo; nuestro único estímulo es el amor (sin límites) hacia el sacratísimo Corazón de Jesús, con el fin de unir a Él, por medio de la Inmaculada, al mayor número posible de almas de la manera más estrecha» (EK 33). Y aclaraba: «estrictamente hablando, lo que constituye *la esencia* de la Milicia es *la consagración* a la Virgen Inmaculada (también como acto interior) según el espíritu de la M.I., es decir: ser *como instrumento* incondicional y total en vida, en muerte y eternidad, como su *propiedad*. Su medalla es el signo exterior de la consagración y la fuente de muchas gracias por ella prometidas. [...] Ella dirige cada uno de nuestros actos y predispone todas las circunstancias, repara nuestras caídas y nos conduce amorosamente hacia el cielo» (EK 56).

Los milites de la Inmaculada no sólo se consagran para defender la fe, antes bien, emprenden audazmente «el ataque, la ofensiva, a fin de conquistar las fortalezas enemigas» (EK 1277), lo que les exige alimentar «en el corazón un amor sin límites hacia el prójimo, el mismo amor de la Inmaculada, aunque el próximo no sólo hubiera sido extranjero, de raza o color diferentes, sino hasta enemigo encarnizado de la religión, de la Inmaculada, de Dios» (ibíd.).

Sin embargo, la citada reunión del 16 de octubre de 1917 fue la primera y la última de aquella época. Durante todo el año siguiente, la Milicia no manifestó ninguna actividad *ad extra*. Referiría Kolbe las dificultades iniciales: «se acumularon contrariedades de todas clases, hasta el punto de que a veces los mismos componentes se sentían embarazados al hablar de la asociación entre ellos. Más aún, uno de los miembros trataba de convencer a los demás de que la M.I. era inútil. Fue entonces cuando se fueron adónde estaba la Inmaculada, con maravillosas señales de elección, el padre Antonio Glowinski y, unos diez días después, Fr. Antonio Mansi, a causa de la llamada “fiebre española”. En cuanto a mí, las condiciones de mis pulmones se agravaron: cuando tosía escupía sangre; y éste fue el principio del cambio» (EK 1278).

A aquellos primeros milites fallecidos en la flor de su juventud en octubre de 1918, seguidos por Jerónimo Biasi en 1929, san Maximiliano siempre los denominaría como los primeros intercesores de la Milicia.

El padre Kolbe, ordenado sacerdote en abril de 1918, llevaría el voto contraído hasta su oblación final en Auschwitz. Sembrada la semilla, ésta pronto germinó y dio fruto abundante. Y es que lo esencial de la pertenencia a la Milicia es la propia disponibilidad, según las circunstancias, para alcanzar el fin de la misma. Antes de fundar el Caballero de la Inmaculada, la Ciudad de la Inmaculada (*Niepokalanów*) o partir de misiones hacia el Japón, antes incluso de resplandecer en el abismo del campo de exterminio nazi, san Maximiliano «ejerce» de milite dondequiera se encuentre.

Tras fundar Niepokalanów, el padre Kolbe partiría como misionero al Japón. Asimismo planeaba abrir «puestos avanzados» en China, en la India y en Líbano para difundir su *Caballero de la Inmaculada* y trabajar en pro del ambicioso objetivo de la Milicia: conquistar el mundo para la Inmaculada. Ya en 1929 le preguntaba san Maximiliano a otro franciscano polaco, misionero en Perú, por la posibilidad de fundar la Milicia en dicho país. Le escribía: «las cédulas de inscripción, evidentemente en español, podríamos imprimirlas en *Niepokalanów*. [...] Porque el mundo entero debe pertenecer a la Inmaculada. ¿Acaso no es así? Adjunto, pues, un

«Conquistar para la Inmaculada un alma tras otra, un puesto avanzado tras otro; izar su bandera sobre las casas editoras de los diarios, de las antenas radiofónicas, los institutos artísticos y literarios, los teatros, los salones cinematográficos, los parlamentos, los senados, en una palabra, en todos los lugares de la tierra...»

ejemplar de la cédula de inscripción para facilitar su traducción al español. ¡No perdamos ni un minuto, cuando se trata de la Inmaculada!» (EK 214). En efecto, san Maximiliano también quería difundir el sueño de la Milicia en lengua española.

Los logros, como la edición del *Caballero* en japonés (*Seibo No Kishi*), nada más llegar al país y sin conocer la lengua nipona, son glorias de la Inmaculada, no de Kolbe, que permanece consciente de su condición de mero instrumento. El ideal inicial de la Milicia se mantenía enhiesto: *Ad quam*

maximam Dei gloriam per Immaculatam (EK 25). Él mismo lo expresaba así: «trabajad, sufrid, vivid y morid por la mayor gloria de Dios por medio de la Inmaculada. Salvar y santificar lo más posible todas las almas que son y que serán. Vale la pena. Después de la muerte se harán las cuentas» (EK 32). Para la causa, san Maximiliano soportaría los problemas y reveses que tuvo que sufrir: «en nuestro trabajo nos guía el principio de ir al encuentro de todo el que lo necesite y de enviar los números del periódico a quienes lo desean, sin considerar si pueden o no pueden dar ni en qué medida. En efecto, para cubrir los gastos, aceptamos ofrendas voluntarias, nosotros mismos habitamos en barracas de madera, vivimos de limosna y nos privamos hasta de las comodidades más corrientes; somos nosotros mismos los que —además de realizar nuestras prácticas propias de la vida religiosa— nos afanamos para publicar la revista, trabajando a veces más allá de nuestras fuerzas, en el espíritu de nuestra vocación, con tal de conquistar el mayor número posible de almas inmortales para la Inmaculada y así elevarlas y hacerlas felices de la manera más auténtica» (EK 180).

Sabemos que pronto san Maximiliano conoció «que nuestra “Milicia” debe extenderse incluso a los buenos seglares, si se encuentran» (EK 22). Todo ello orientado al objetivo de la Milicia y, en especial, para que «que la M.I. lo impregne todo» (EK 92). ¿Cómo lograrlo? Respondía el santo polaco: «en cuanto al programa de actividades, la experiencia acumulada me ha enseñado a no limitarme demasiado a reglas y regli-

tas, sino a dar espacio a una mayor espontaneidad en los proyectos y en los propósitos. Es sobre todo la conformidad a la voluntad de la Inmaculada el secreto del éxito; la oración, pues, la oración humilde, confiada y amorosa infunde luz al intelecto y da fuerza a la voluntad. La misma Inmaculada elimina los impedimentos» (EK 92).

Precisamente, la consagración a la Inmaculada y la pertenencia a la Milicia comporta un plus de heroicidad, según las circunstancias de cada uno. Es decir, un *magis* mariano, un martirio cotidiano: «el estilo de vida de nuestra comunidad tiene algo de heroico, como es y debe ser Niepokalanów, si verdaderamente quiere alcanzar el fin que se ha propuesto, es decir, no sólo defender la fe, contribuir a la salvación de las almas, sino con un animoso *ataque*, sin pensar en absoluto en nosotros mismos, *conquistar* para la Inmaculada un alma tras otra, un puesto avanzado tras otro; izar su bandera sobre las casas editoras de los diarios, de la prensa periódica y no periódica, de las agencias de prensa, las antenas radiofónicas, los institutos artísticos y literarios, los teatros, los salones cinematográficos, los parlamentos, los senados, en una palabra, en todos los lugares de la tierra; y además *vigilar* para que nadie pueda quitar

jamás estas banderas. Entonces caerán socialismos, comunismos, herejías, ateísmos, masonerías y todas las estupideces semejantes que provienen del pecado. Pero ésta es verdaderamente una *misión* y, según la Regla, no todos están obligados ni llamados a ella, aunque sigan siendo religiosos irrepreensibles. Así me imagino yo Niepokalanów» (EK 199).

OPLACONO RYCZAŁTEM.
Rok I. STYCZEŃ 1922. Nr. 1.



Redakcja i Administracja:
KLASZTOR OO. FRANCISZKANÓW, PLAC WW. ŚWIĘTYCH 5, KRAKÓW (POLSKA).
Premieryta na 1-szy kwartał: w Polsce 70 Mp. — w Ameryce 25 cent. am. — w Danji 1 Kor.d.
Numer pojedynczy: 25 Mp. (10 et. am. — 40 ore.)

**Portada del primer número
del «Caballero de la Inmaculada»
que publicó Kolbe en 1922,
en Cracovia**

STELLA
MATUTINA

